

David Loyola López, *Los ojos del destierro. La temática del exilio en la literatura española de la primera mitad del siglo XIX*, Gijón, Piedras angulares, Trea, 2018, ISBN 978-84-17140-80-9, 331 páginas.

«El exilio es un océano en las páginas del tiempo». Así comienza David Loyola López su libro: *Los ojos del destierro. La temática del exilio en la literatura española de la primera mitad del siglo XIX*. Así se abren los ojos que observarán el vasto corpus de representaciones literarias de las emigraciones decimonónicas españolas. Se abren unos ojos que servirán de hipocentro para el libro, pues su mirada proyectará los diferentes bloques de este.

El volumen comienza con «Las caras de Jano», sección que parte de la dirección espacio-temporal hacia la que miran los ojos de los expatriados. Alternan sus miradas hacia los tres periodos temporales que abarca la existencia humana: pasado, presente y futuro. Así, si el emigrado escruta el pasado, «La vida que queda atrás», viaja al lugar del que venía, a la patria en la que se encuentran sus seres queridos que dejó atrás. Si mira el presente, «El nuevo suelo que pisa», compara el lugar en el que se encuentra con esa patria abandonada. Por último, el proscrito puede lanzar «Una mirada hacia el futuro» con la que pretende imaginar su regreso o adivinar cómo será su porvenir en el lugar al que ha emigrado.

El siguiente apartado, «Por una mirada, un mundo», se centra en los elementos que captan la atención del emigrado durante el exilio. Los objetos literarios que ofrecen las páginas de los destierros decimonónicos son muy variados, pero aparecen agrupados en seis grandes temas que facilitan su análisis y asimilación por parte del lector.

Si la meta que persigue el autor es «reflejar, de manera amplia y abarcadora, la heterogénea naturaleza de las representaciones literarias de estas emigraciones decimonónicas», se puede decir que el objetivo se ha logrado con mucho mérito. Antes de comenzar con la exposición de las diferentes formas que toma el tema del exilio, muestra el corpus del que se valdrá, compuesto por 138 textos del destierro afrancesado, la primera emigración liberal (1814-1820), el destierro liberal de 1823, la emigración carlista y el exilio en el periodo liberal posterior a 1833. Destacan autores como José María Blanco White, Antonio Alcalá Galiano, Leandro Fernández de Moratín, José de Espronceda, Mariano José de Larra, José Joaquín de Mora, Antonio Ribot y Fontseré, etc.

El viaje por las entrañas del exilio comienza por «La partida». Se trata «el adiós» como momento de calma previo a la tormenta. La despedida es la frontera que atraviesa el proscrito y que separa el hogar del destierro, con todo lo que eso conlleva. Será el recuerdo más reciente de su vida anterior que tendrá cuando mire hacia atrás, a veces colmado de añoranza y a veces de resentimiento hacia una tierra que lo ha rechazado. Esa mirada atrás puede ser permanente, como «las miradas de Edith», que encadenan al expatriado a su pasado psicológicamente, aunque viva en unas circunstancias totalmente nuevas.

Se analizan en profundidad textos en los que los recuerdos del proscrito pueden evocar la infancia en la patria; una patria triste de la que se compadece; una patria negativa que le produce dolor e ira, pero que aun así deja espacio para la esperanza; una

patria paradójica que, aunque se ve perdida y desfasada, despierta en el proscrito un desobediente sentimiento de anhelo por recuperar lo que un día fue; una patria ingrata, cuya crueldad unas veces consigue que el emigrado reniegue de su pasado y otras veces no es suficiente para que este esboce diatribas contra ella.

La travesía por el destierro continúa con «La llegada» del proscrito a la tierra ajena. El carácter de las primeras impresiones —en términos de Claudio Guillén— parece muy ambiguo y va desde la esperanzadora y plutárquea alegría a la frustración ovidiana, pasando por la duda que crea lo desconocido en el emigrado, que no termina de confiar en las apariencias. Las visiones del nuevo lugar varían mucho dependiendo de si el exilio se produce hacia países igual o más avanzados que España o, por el contrario, hacia zonas como África, que a veces se presenta como un espacio exótico en el que el emigrado encontrará la libertad perdida en su hogar. Una vez asentados, los emigrados no son los únicos que se sienten extrañados por sus nuevas circunstancias. Los nativos también observan extrañados al exiliado y describen su comportamiento en textos que tratan la temática del exilio, pero no son escritos por proscritos. Durante el asentamiento, los emigrados parecen organizarse para compartir espacios y recrear una cultura hispánica allá donde van. Es el caso del barrio de Somers Town, que se convirtió en el barrio español de Londres para los exiliados liberales de 1823. Algunos consiguen adaptarse rápidamente a la nueva localización y a las costumbres de los que allí habitan y otros, sumidos en «la pena del exilio», tardan más en aceptar la nueva realidad y sumarse a ella. La gastronomía y el clima, elementos destacados por los proscritos, pueden ser motivos de nostalgia o puentes hacia la implicación en la cultura que se está conociendo. En otro orden de las cosas, se tratan textos en los que el emigrado expone qué ha perdido o qué ha ganado, tanto en lo material como en lo humano, tras su llegada. Pero no todo será negativo o, en cualquier caso, dudoso. El estudio de los textos que hablan del presente del emigrado, de su estancia en el extranjero, termina con aquellos que tratan la «feliz emigración»: los de aquellos que ven en su nueva circunstancia una oportunidad para empezar una nueva vida mejor que la anterior.

Concluido el análisis de los textos del presente, se presentan aquellos en los que el emigrado lanza «una mirada hacia el futuro». Este futuro puede ser la imagen del retorno a la patria. Los textos muestran a veces actitudes bélicas contra la situación política de España. Denotan esa esperanza de cambio y de regreso a la tierra y a la libertad de la que ya no pueden gozar en ella. A veces se requiere a un ente supraterrrenal (el sol, Dios, etc.) que interceda por el país y le devuelva el orden necesario para el regreso del exiliado. Pero no todos confían en ese retorno. Se muestran textos en los que los proscritos afrontan con firmeza o con resignación un futuro lejos de su país, al que saben que no volverán.

Terminado el escrutinio de los textos cuya temática gira en torno a la temporalidad del destierro, el análisis se dirige hacia los objetos literarios más frecuentes en las obras de los exilios decimonónicos. Parte de «las aguas del destierro». Para muchos emigrados el agua es el principio del exilio. El horizonte, el atardecer, la costa, «la llanura azul», la embarcación, la tormenta, el puerto, son imágenes que se repiten al hablar de mares y océanos que se dibujan ambivalentes: separan al emigrado de su tierra, pero, una vez se encuentra en la otra orilla, son el único medio físico que lo

une a ella. También los ríos actúan a veces como elementos evocadores: el río ajeno recuerda al de la patria.

El siguiente *leitmotiv* que se muestra en estos textos es el recuerdo de un exilio pasado que se compara con el que está viviendo el emigrado. Se recurre a la historia y la mitología clásica, pero sobre todo al mundo morisco de la Edad Media peninsular: los exiliados se identifican con los moros españoles, imagen maniquea de los vencidos que son expulsados de la patria.

Otro tema que destaca el autor es el del idioma. En su periplo, el proscrito se encuentra en «la torre de Babel»; la lengua le separa de los habitantes del país al que emigra. Esto aumenta la sensación de desamparo y el dolor. Son frecuentes en los textos referencias a la búsqueda de una unión de los exiliados por medio del idioma. Es otro de los motivos por los que parece que intentan agruparse y compartir espacios en sus destinos. Otras veces, el idioma es recordado como vehículo de las ideas que lo han desterrado y adquiere carácter negativo. Un caso excepcional, y por eso tiene un epígrafe exclusivo en el libro, es José María Blanco White. Él entendía la lengua como un estado de civilización y es por eso por lo que pretendía comunicarse con un inglés perfecto, para integrarse en la Inglaterra que tanto admiraba.

Si el idioma es una manifestación del plano consciente, los sueños son la manifestación del plano del subconsciente. Esta temática es más propia de obras líricas que de las narrativas, pues en estas, el *yo poético* permite una exploración más personal del mundo onírico. En ocasiones se contraponen un sueño bucólico y placentero a la realidad desesperanzadora del exilio. Otras veces, sueñan con su patria y con su familia, y es el despertar el enemigo que le arrebató ese dulce recuerdo. En algunos textos el proscrito confunde realidad y sueño y en otros es plenamente consciente de la existencia de la línea que los separa. Como concluye el autor, aunque los sueños encarnen sentimientos positivos, su efecto acaba siendo negativo, pues la realidad del desterrado es la que es.

La muerte es un motivo inevitable. Los proscritos y los seres queridos abandonados identifican el exilio con la muerte, con «una muerte en vida». El suicidio comienza a ser contemplado como una salida rápida de la situación terrorífica por la que pasan, que reduce su estancia en el «valle de lágrimas». Sin embargo, aunque el exilio se vea como una forma de morir, la realidad es que el proscrito vivo aún alberga esperanzas de poder regresar y morir en el hogar. Morir en tierra ajena sí que es perder la batalla contra el rechazo de la patria. Esta muerte en el exilio constituye una de sus mayores preocupaciones y da pie a textos lamentosos cuando un compañero de destierro fallece.

En el último epígrafe, Loyola López habla del que quizás sea el deseo más hondo de los emigrados, «La vuelta al hogar». Parece lógico que los proscritos hablen de regresar a su patria, pero no siempre había que darlo por hecho. Hubo una minoría que decidió no volver. Lo veían como una forma de sucumbir ante sus enemigos, negando así sus ideales, o temían represalias al volver. En ocasiones simplemente hallaban más favorable su vida en el extranjero que el regreso a España. De entre aquellos que sí querían volver —la mayoría—, hubo algunos que, alentados por el espíritu rebelde de la revolución francesa, aún candente, intentaron regresar por la vía

bélica plantando cara a sus enemigos políticos o de otras índoles. A pesar de todo, la imagen general del regreso a casa es idílica. Los textos que reúne el autor demuestran que los exiliados ansiaban el reencuentro con su patria y lo imaginaban como la entrada a un paraíso. Pero no siempre fue tan fácil y confortable como ellos querían adivinar. A veces, el hogar —por ejemplo, con la muerte de familiares— había cambiado demasiado; a veces, los que se quedaron en la patria, ven en los exiliados figuras traidoras. Este tipo de situaciones convierten el regreso en una cruel paradoja: debería ser un descanso reconfortante, pero al regresar, se descubre que es un segundo exilio, que no se vuelve a ningún lugar conocido.

La temática del exilio, por desgracia, ni comenzó ni acabó en el siglo XIX. De ahí que no quede duda de que la labor de investigación realizada por David Loyola López en este estudio arroja una luz deslumbrante que proyecta muchos senderos inexplorados. El investigador ha sabido abrir puertas que otros filólogos podrían cruzar para adentrarse en el estudio de la producción literaria de estos y otros autores proscritos, demostrando cuánta variedad existe en ella, tanto de temas como de puntos de vista. Una variedad que merece ser estudiada con minuciosidad hasta desentrañar todos los secretos ignotos que permanecen silenciados en los textos de los exiliados.

David Peña Pérez
(Universidad de Cádiz)